

Hacer memoria de Pedro Arrupe

Alfonso Álvarez Bolado

«Pedro Arrupe es una de las personalidades más significativas del siglo XX, uno de los protagonistas de la renovación del catolicismo y la vida religiosa. Superior General de los jesuitas de 1965 a 1983, fue el artífice de la renovación conciliar de la Compañía de Jesús. Su actuación al frente de la orden ha sido con frecuencia objeto de juicios contradictorios y de opuestas valoraciones. Las contribuciones e investigaciones publicadas en este libro utilizan nuevas fuentes de archivo en gran parte inéditas. Liberan así el generalato del padre Arrupe de una especie de "marginación" histórica, que lo ha acompañado después de su muerte.»

Estas palabras del editor, profesor de Historia Contemporánea en la Universidad de Módena, manifiestan con eficacia la intención y la novedad de una obra que se acaba de editar. Se trata de dos espléndidos volúmenes¹ —versión española e italiana— que han aparecido, para hacer memoria de Pedro Arrupe, vigésimo octavo sucesor de Ignacio de Loyola al frente de la Compañía de Jesús.

Las veintiséis contribuciones pertenecen a 24 autores, dos de ellos reconocidos historiadores laicos: el editor de la obra, Gianni La Bella y el académico

¹ GIANI LA BELLA (ed.), *Pedro Arrupe, General de la Compañía de Jesús. Nuevas aportaciones a su biografía*, Ediciones Mensajero y Sal Terrae, Bilbao y Santander, 2007, 1.078 pp.; *Pedro Arrupe. Un uomo per gli altri*. A cura di Gianni La Bella, Società editrice il Mulino, Bologna, 1.085 pp.

francés Jean Delumeau, recientemente fallecido. Los otros 22 son jesuitas. El presente artículo sólo intenta poner de relieve la importancia del conjunto de la obra, sin poder detenerse en la riqueza de cada contribución.

La *Introducción* de Gianni La Bella afirma una realidad, repetida de continuo: orden esencialmente apostólica, la Compañía no podía sustraerse

*la estrategia de Arrupe
consistió en reencontrar
a Ignacio no como
superior general,
sino como fundador*

a las transformaciones socioculturales del gran cambio que se intensifica a mediados del siglo XX. La estrategia de Arrupe consistió en reencontrar a Ignacio no como superior general, sino como fundador. Rompía la cristalización sedimentada de cuatro siglos, hacia un nuevo período de vida religiosa y militante. En diversos momentos esta estrategia pareció contar con el agrado de Pablo VI.

José María Margenat, *De Bilbao a Japón*, ha contado con abundante documentación de archivos escolapios y jesuíticos. Porque Arrupe cursó su bachiller con los escolapios en su ciudad natal. Entre sus fuentes figuran

testimonios orales y la inestimable correspondencia de Arrupe con su condiscípulo jesuita, Jesús Iturrioz.

José M.^a Vera, que escribe *Misionero en el Japón*, insiste en la originaria vocación de Arrupe al Japón, adonde llega el 15 de octubre de 1938. Describe su laborioso descubrimiento del Japón, y los años dedicados a la formación de jesuitas japoneses. Como simple sacerdote y posteriormente como superior de la nueva provincia, descubre la necesidad de una nueva evangelización. Su carácter utópico, sus frecuentes viajes fuera del Japón provocan lo que Vera llama «la cruz japonesa de Arrupe». La elección en mayo de 1965 como superior general de la Compañía pone fin a veintiséis años en Japón.

Resultan básicas las contribuciones de Urbano Valero, *Al frente de la Compañía: la CG 31*, y de Alfonso Álvarez Bolado, *La Congregación general 32*². Valero, jurista y quizá el mejor conocedor de las Constituciones y del Derecho de la CJ, presenta la CG 31^a que abre las puertas a la transformación de la Compañía. Expone la situación de la Compañía a la llegada de Arrupe a dicha Congregación. Estudia el trabajo de la Congregación: visión general, decretos, procedimientos y debates; las intervenciones personales de Arrupe, en las que muestra ya su

² Entre ambas suman 216 páginas de las 1.078 del volumen.

excepcional carisma de líder espiritual. Esboza la imagen diseñada por la GG 31, al tiempo promesa y desafío, que hace preguntarse a la sociedad y a la Iglesia: ¿nueva Compañía? Se refiere al favorable pronunciamiento pontificio sobre el trabajo de la CG 31, en carta autógrafa a Arrupe del 27 de julio de 1968. Y llega hasta el año 1970, cuando en la Congregación de procuradores, Arrupe sorprende a éstos con el anuncio de una nueva Congregación General que habrá que preparar.

Álvarez Bolado manifiesta claramente el propósito de su contribución: «rememorar el *líder espiritual* que fue Arrupe, destacando su papel en el *giro* que realiza la Compañía de Jesús en su CG 32. El liderazgo de Arrupe —*muy compartido* por la Congregación— se juega en torno a los cuatro decretos que caracterizan el *giro* y de los que esta Congregación es especialmente protagonista: *Nuestra misión hoy: servicio a la fe y promoción de la justicia; Jesuitas hoy: declaración; Una pobreza más auténtica; La unión de los ánimos; Orientaciones y normas prácticas para la vida espiritual y comunitaria*».

Pero es sabido que en la CG 32 se produjo el climax de conflicto intensivo entre la Compañía y la Santa Sede. Bolado explica por qué y narra todas sus peripecias: la carta del Secretario de Estado a Arrupe del 3 de diciembre de 1974; cómo y por qué Arrupe comunica esta carta a los congregados

el 16 de diciembre; la nueva carta del Secretario de Estado a Arrupe del 23 de enero; la carta autógrafa de Pablo VI a Arrupe del 15 de febrero; la entrevista solitaria de Arrupe con Pablo VI el 20 de febrero y su comunicación a los congregados. Presenta el conflicto en toda su gravedad, pero subrayando el manso y obediente liderazgo de futuro con que Arrupe fue orientando el conflicto.

Me refiero inmediatamente a la contribución de **Ignacio Iglesias**, *Aportaciones a su biografía interior*³. La razón de ello, la da el propio Iglesias: «hay una historia personal interior, previa y simultánea a toda esa otra historia [visible y evaluable], como alma de la misma, e imprescindible para comentarla». Parte Iglesias del resumen que Arrupe hace de su meditación de la mañana del 6 de agosto de 1965, primer viernes de mes, dentro de sus primeros Ejercicios espirituales como General de la CJ⁴, y especialmente de este párrafo: «De ahí que, si siempre, ahora adquiere una actualidad especialísima el *voto de perfección*. Ahora tengo que observarlo con toda diligencia, pues en esa diligencia en observarlo estará también mi preparación para oír, ver y ser instrumento del Señor: que es cumplir en todo con su voluntad».

³ Pp. 973-1019.

⁴ Cf. P. ARRUPE, *Aquí me tienes, Señor. Apuntes de sus Ejercicios espirituales (1965). Introducción, transcripción y notas de Ignacio Iglesias, S.J.*, Mensajero, Bilbao, 2002.

A partir de ese texto, intenta Iglesias manifestar el desarrollo de la espiritualidad de Arrupe, primero hasta ese día de agosto de 1965, rastreando todos sus escritos publicados, pero sobre todo su continua correspondencia con Jesús Iturrioz⁵. Después, desde 1965 hasta 1981, cuando al final de su generalato escribe *La Misa en mi catedral (notas íntimas inéditas, 1981)*. Ese voto de perfección al que Arrupe alude en sus Ejercicios, no es ninguna corazonada. Está íntimamente ligado a su interiorización de la dinámica de los Ejercicios Espirituales de Ignacio de Loyola, y a su comprensión de la devoción al Corazón de Jesús como síntesis de ellos. Cree así Iglesias desvelar la fuente del sostenido *liderazgo espiritual* de Arrupe. Por ello acaba su contribución con unas páginas dedicadas a «Ignacio de Loyola y Pedro Arrupe».

Ese liderazgo se ejerce también en sus viajes a todos los continentes hasta caer fulminado, a pie de avión, por enfermedad irreversible. Los límites de esta reseña no me permiten referirme a los ricos contenidos de esos viajes, descritos, cuidadosamente por los autores de las respectivas contribuciones. La relación de *Arrupe y África*, la desarrolla el congoleño **Simon-Pierre Metena M'nteba**.

⁵ Reunidos actualmente en el depósito *Documentos dejados por el P. Iturrioz con destino al Fondo Arrupe del ARSI*.

La relación de Arrupe con América Latina da lugar a dos contribuciones: *Arrupe y América Latina*, escrita por el colombiano **Alberto Gutiérrez**, y *Arrupe y Centroamérica: historia de una pasión*, escrita por **Jesús M.ª Sariego**, historiador y experto en espiritualidad ignaciana. El jesuita norteamericano, **James F. X. Pratt** presenta a *Pedro Arrupe, catalizador de la Reforma en los Estados Unidos*.

El australiano **Andrew Hamilton** se ocupa de *Arrupe y Asia*. Petar Galauer escribe *Arrupe y Europa Oriental*. El indio **Rudolf C. Heredia** nos da cuenta de la relación de *Arrupe y la India*.

Otro conjunto de contribuciones tratan aspectos parciales de la doctrina o la vida de Arrupe. El eclesiólogo **Santiago Madrigal** desarrolla *Su sentido de Iglesia «siguiendo la estela del Concilio Vaticano II»*. **Manuel Alcalá**, excelente conocedor del tiempo del postconcilio, contribuye con el densísimo artículo *Pedro Arrupe y la vida religiosa del postconcilio*. **Elías Royón**, experto en espiritualidad ignaciana y en el gobierno de la Compañía, escribe sobre *Su modo de gobernar*. **Matías García**, teólogo y experto en ética social, desarrolla *Arrupe y la justicia*, documentación de primera mano⁶. **Jean-Yves Calvez**, reconocido intelectual francés, largos años asistente de Arrupe, se ocupa de *Diálogo, Cultura, Evange-*

⁶ Texto de 38 pp.

lio. **Francisco Ivern**, catalán afincado en Brasil y que ha desempeñado importantes responsabilidades en la Compañía de Jesús latinoamericana, trata de la carta que el 8 de diciembre de 1980 enviaba Arrupe a los provinciales latinoamericanos, *Sobre el análisis marxista*. **Michael Campbell-Johnston**, ex director internacional del Servicio Jesuita a Refugiados, se ocupa de *Arrupe y el servicio jesuita a los refugiados*.

Gianni La Bella, en otra importante contribución, trata *La crisis del cambio*. No puede menos de repetir temas ya presentados. Asumiendo y discerniendo el gran cambio, produce «la revolución de la CG 31». De ella sale la CJ «renovada, sí, pero profundamente dividida en su interior en tres grupos predominantes: dos minorías más extremistas... y un centro moderado y mayoritario, pero profundamente heterogéneo». Con prestigiosos historiadores jesuitas contemporáneos, parece afirmar La Bella «que, con la elección de Arrupe y el proceso iniciado por la CG 31, se configura de hecho una tercera Compañía «renovada», muy diversa de la «restaurada» de 1814 y mucho más fiel a las intuiciones originales de la «antigua» Compañía.

En el párrafo «Entre consenso y oposición», da cuenta de cómo tras la publicación de la *Humanae Vitae* y la crisis que suscita, aunque Arrupe escribe una carta a todos los jesuitas pi-

diendo una obediencia «filial, pronta decidida, abierta y creativa», en ambientes vaticanos y en sectores del episcopado católico, se estima que «la autoridad vaticana ha sido puesta públicamente en tela de juicio, sin que la Compañía se haya movido, según algunos, mínimamente por defenderla».

Por su importancia en el agravamiento de la crisis, el historiador ita-

*las intervenciones personales
de Arrupe en la CG 31
(en la que fue elegido
superior general) mostraron
ya su excepcional carisma
de líder espiritual*

liano desarrolla ampliamente «La rebelión española» y «Jesuitas en fidelidad», temas para los que La Bella ha dispuesto de una información amplia y exactamente datada⁷. Su último párrafo «Se agrava la crisis con el Vaticano» se solapa en gran parte con la contribución de Álvarez Bolado en este volumen; pero La Bella ha podido consultar las *Actas de la Consulta de los Consejeros Generales* entre mayo de 1972 y septiembre de 1973.

⁷ Documentos a los que se refiere con la sigla APS, es decir, Archivo del Provincial de España.

En una segunda contribución Manuel Alcalá aborda *La dimisión de Arrupe*. Ocupando ya la sede pontificia Juan Pablo II, en marzo de 1980 Arrupe comunica a sus cuatro asistentes generales su decisión de dimitir y sus razones para ello. Pero el 1 de mayo de 1980, el papa, en carta autógrafa, le comunica que suspenda todo proyecto de CG en orden a presentar su dimisión: pues no la consideraba oportuna para el bien de la Iglesia ni de la Compañía. Comunicada la decisión a sus asistentes, Arrupe continuó su gobierno ordina-

*con la elección de Arrupe
y el proceso iniciado por la
CG 31, se configura, de hecho,
una tercera Compañía
«renovada», muy diversa
de la «restaurada» de 1814
y mucho más fiel a las
intuiciones originales de la
«antigua» Compañía*

rio con gran confianza en Dios, a pesar de su desolación interna. En agosto, a los quince años de sus primeros Ejercicios como General, comienza Arrupe sus Ejercicios anuales de 1980, bajo la dirección del padre Luis González. Después de la muerte de Arrupe, éste reveló la desolación profunda de su ejercitante, mientras meditaba la Pasión del Señor. Alcalá supone con gran

verosimilitud, que aquella *desolación* venía motivada por su situación «de general impedido y tutelado con su gobierno futuro amenazado».

En una nueva audiencia en enero de 1981, Arrupe pudo explicar al papa tranquilamente las razones que le inclinaban a dimitir. El papa no le desveló su plan y, al despedirse, le dijo que volvería a llamarlo más adelante. El General volvió a casa convencido de que Juan Pablo II no quería destituirle, pero sí fiscalizar su gobierno. Posteriormente confió al propio Alcalá que «creyó que le nombraría un delegado que *tutelase* la futura Congregación General. La incógnita era si el eventual *coadjutor plenipotenciario* sería o no un jesuita».

Esta última posibilidad aterraba a Arrupe porque no podía prever la reacción de la Compañía. Confió este temor al secretario de Estado, Agustino Casaroli, en quien confiaba. A fines de febrero de 1981, volviendo de la visita realizada por el Papa a Japón, Casaroli que le había acompañado, se desvía a Hong Kong para establecer contactos con la Iglesia china mártir, y se hace acompañar por el jesuita español Arturo Martín Menoyo como traductor. El cardenal indicó a éste que tranquilizara al padre General. El «delegado» sería un jesuita.

En todo caso, la dimisión deseada por Arrupe iba a resultar innecesaria. Al regresar de Bangkok a Roma,

Arrupe cae herido de una trombosis cerebral, el 7 de agosto de 1981. En el hospital Salvator Mundi recibe a petición propia la unción de los enfermos, y al día siguiente, desde el policlínico Gemelli, el convaleciente Papa le envía un afectuoso telegrama. Escasamente repuesto, Arrupe designa vicario general a Vincent O'Keefe. El 5 de septiembre era dado de alta en el hospital y trasladado a la enfermería de Borgo Santo Spirito (sede de la curia generalicia), aunque era evidente su imposible reincorporación al gobierno general.

El 12 de octubre se presenta en Borgo el cardenal Casaroli que es recibido por O'Keefe, aunque indica a éste que le deje sólo con Arrupe. Lee a éste una afectuosa carta del Papa, en la que éste le comunica que, dada su situación, no pudiendo contar con él para una preparación más profunda de la Congregación General y poder ponerla en marcha «junto con Vd.», ha considerado necesario confiar esta tarea a un delegado suyo: «... nombro mi Delegado para con la Compañía de Jesús al P. Paolo Dezza, considerando su larga experiencia de vida y gobierno en la Compañía y, al mismo tiempo, dispongo que sea ayudado por el Padre Joseph (*sic*) Pittau (...) Su función será ayudar al Delegado en el ejercicio de sus funciones y sustituirlo cuando esté impedido o venga a faltar (...). Confío en que la Compañía de Jesús sabrá reconocer en estas decisiones una señal de mi

afectuosa consideración por su persona y de mi sincera benevolencia para con toda la Compañía...»⁸. Al regresar O'Keefe al cuarto de Arrupe le encontró llorando y pidió que le llevaran a la capilla de la enfermería.

Alcalá comenta ampliamente las reacciones dentro de la orden. Los provinciales norteamericanos escribieron a Dezza pidiéndole una mayor precisión sobre los cambios jurídicos producidos. El delegado contestó con claridad. En cuanto a Arrupe, continuó su vida de enfermo mostrando su obediencia al Papa y recibiendo visitas de todo el mundo.

Dezza y Pittau, que despachaban con el Papa frecuentemente, le plantearon la posibilidad de convocar una reunión de provinciales para el año siguiente, que estudiase de primera mano la situación real en la Compañía y no a través de «informaciones». Tras consultarlo con los asistentes y consejeros generales, tuvieron otra cordial audiencia papal el 30 de noviembre. Se comentó la reacción positiva de la Compañía ante los acontecimientos y el Papa les comunicó haber recibido «muchas comunicaciones análogas». Transmitieron al Papa la fecha de la futura reunión de provinciales. Juan Pablo II hizo una breve visita a Arrupe el último día del año, tras el solemne Tedéum en la

⁸ El texto íntegro de la carta lo inserta M. Alcalá en pp. 938-939 de su contribución.

iglesia del Gesù. Permaneció cinco minutos a solas con Arrupe. Al salir, los presentes oyeron a Arrupe decir claramente: «Santo Padre, le renuevo mi obediencia y la obediencia de toda la Compañía de Jesús».

La extensión de esta reseña no me permite referirme debidamente ni a la preciosa contribución de **Ignacio Echaniz**, *Si el grano de trigo...*, que narra los últimos días de Arrupe y su reconocimiento póstumo. Ni a la de **Jean Delumeau**, *Un profeta*, que glosa el empeño de Arrupe por una sociedad frugal, su adhesión al axioma «si quieres la paz, trabaja por la justicia», su invitación a «estar en diálogo con el ateísmo», su compromiso con el ecumenismo y la inculturación. Ni a la otra contribución de **Francisco Ivern**,

El hombre que yo conocí, con el que conviví y trabajó durante once años.

El libro ofrece además en apéndice una útil cronología de Pedro Arrupe, y en otro apéndice el elenco de «Jesuitas muertos violentamente en misión desde el generalato de Pedro Arrupe».

* * *

No conocía más que mi propia colaboración. En los últimos quince días he podido leer con atención las otras 25. Y me han «tocado». Estoy convencido de que el libro muestra por qué es útil, evangélica y humanamente, «hacer memoria» de Pedro Arrupe: anticipó las tareas de nuestro futuro y nos contagió la mística para realizarlas. ■